



01. La *política* en el siglo XX venezolano

Edgardo Mondolfi Gudat (Coordinador)

Diego Bautista Urbaneja / Guillermo Tell Aveledo Coll / Carole Leal Curiel

Andrés Stambouli / José Alberto Olivar / Edgardo Mondolfi Gudat



El *Siglo XX Venezolano* es un ambicioso proyecto cultural que hace una revisión transdisciplinaria de la centuria pasada en nuestro país. Es un gran examen panorámico que pretende abarcar todos los ámbitos de la vida, con énfasis en aquellos que construyeron la sociedad que conocemos y trazaron su particularidad, desde el año 1900 hasta el 2000.

Esta investigación se ocupa de todas las manifestaciones de la vida venezolana durante la época, con especial interés, de las áreas fundamentales: la política, la sociedad, el urbanismo, la arquitectura, las comunicaciones, las ciencias físicas y naturales, la literatura, el pensamiento, las artes plásticas, la actividad musical, los deportes, las diversiones y la vida cotidiana.

El proyecto de investigación dedicado al *Siglo XX Venezolano* está bajo la coordinación general de Elías Pino Iturrieta, quien es presidente ejecutivo de la Fundación para la Cultura Urbana, historiador, profesor, investigador e Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia.

Para la concreción de este proyecto, Pino Iturrieta ha convocado a diversos especialistas a participar. Cada volumen cuenta con un coordinador experto en el área de trabajo y seis investigadores que producen sus respectivos capítulos, en un esfuerzo colectivo y de diversas miradas.

El *Siglo XX Venezolano* es un aporte esencial al archivo y la memoria del país, una herramienta para los investigadores y una contribución a la necesaria formación ciudadana.



FUNDACIÓN PARA LA
CULTURA URBANA

Presidente vitalicio: Rafael Cadenas

Presidente ejecutivo: Elías Pino Iturrieta

Junta directiva

Herman Sifontes Tovar

Gabriel Osío Zamora

Miguel Osío Zamora

Ernesto Rangel Aguilera

Juan Carlos Carvallo Aguilera

Jesús Quintero Yamín

Twitter: @culturaurbana

Instagram: @culturaurbanaoficial_

Facebook: Fundación para la Cultura Urbana



Coordinador general: Elías Pino Iturrieta

La política en el siglo XX venezolano

© 2021 Fundación para la Cultura Urbana

ISBN: 978-84-124204-1-8

Producción editorial: Diajanida Hernández

Diseño y concepto gráfico: Lucas García

Corrección de textos: Teresa Casique

Fotografías: Archivo Fotografía Urbana

Imagen de portada: Mitin en respaldo al gobierno democrático de Rómulo Betancourt. El Silencio, 1962. Autor desconocido

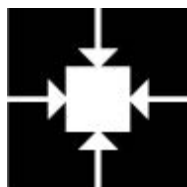
© Archivo Fotografía Urbana.

Primera edición: Caracas, septiembre 2021

01. La *política* en el siglo XX venezolano

Edgardo Mondolfi Gudat (coordinador)

Diego Bautista Urbaneja
Guillermo Tell Aveledo Coll
Carole Leal Curiel
Andrés Stambouli
José Alberto Olivar
Edgardo Mondolfi Gudat



FUNDACIÓN PARA LA
CULTURA URBANA



Vallas de candidatos y partidos contendientes en las elecciones presidenciales de 1963.
Autor desconocido. © Archivo Fotografía Urbana.

Contenido

Introducción

La **cultura electoral**

del venezolano

Diego Bautista Urbaneja

Partidos políticos modernos:

surgimiento, auge y declinación

en la Venezuela del siglo XX

Guillermo Tell Aveledo Coll

La **transmisión del poder.**

la construcción de la democracia

en Venezuela a través de sus juras

Carole Leal Curiel

Concepción y desarrollo

del **Estado moderno venezolano**

en el siglo XX

Andrés Stambouli

Las **Fuerzas Armadas**, su

concepción y desarrollo a lo

largo del siglo XX

José Alberto Olivar

Venezuela y el **discurso de la**

modernidad en el siglo XX

Edgardo Mondolfi Gudat

Bibliografía general



Edificio Banco Agrícola. 1955. Guillermo Palacios.
© Archivo Fotografía Urbana.

Introducción

[N]uestras gestas [del siglo XX], si bien no armadas, son tan gloriosas como las del siglo [XIX]. Que tú y yo y el vecino de enfrente, somos también historia, no esos bronces hieráticos.

Manuel Caballero, *Maldición y elogio del siglo XX*

I

En términos generales, la memoria no ha sido del todo generosa, acogedora u hospitalaria con el siglo XX, muy a pesar de que el verso del poeta Jorge Manrique (aquel según el cual «cualquiera tiempo pasado fue mejor») se vea rondando siempre, de alguna manera, en la psique del común. Con ello no queremos decir que el siglo XX, como objeto de estudio, no pueda (o no deba) constituir motivo para la polémica, la controversia, la disensión o el debate. Pero ocurre que, más allá de la dificultad que plantea establecer una distancia o disponer de una atalaya susceptible de permitirnos una aproximación totalmente confiable desde la cual juzgar los avatares de esa centuria, se ha impuesto en algunos casos una mirada llena de apreciaciones sesgadas y tendenciosas acerca del siglo XX que, si no se acerca a su negación total, deja al descubierto una enorme mezquindad hacia sus particularidades y excepcionalidad.

Los desmerecimientos abundan y, mientras más genérico sea su enunciado, más prolífica resulta la cosecha. Júzguese si no a partir de lo dicho alguna vez por un detractor profesional del siglo XX como lo fue Hugo Chávez: «Un pueblo que se convirtió en nómada, viviendo del timbo al tambo, buscando dónde sembrar sus sueños,

dónde criar sus hijos, dónde darle camino a su vida y así transcurrieron las décadas del siglo XX venezolano producto de la tragedia histórica del siglo XIX, producto del fracaso del proyecto de Bolívar»¹.

Mucho, especialmente de falso, o que de algún modo deja en el aire una sensación de estafa por parte de quien gustó siempre de urdir frases heroicas y sentimentales, puede colegirse de esta cita. Pero tomemos al menos lo que nos interesa, sacando desde luego a Bolívar de todo este lamentable enredo. Lo primero que llama la atención es la supuesta inalterable continuidad que, quien así habla, pretende construir a la fuerza entre los dos siglos. En tal sentido, creo que los ensayos aquí reunidos sugieren, a su modo, lo contrario al reflexionar sobre el XX como un siglo hecho en muchos casos de peculiaridades inimaginables al confrontarlo con el XIX. De lo anterior se desprende inmediatamente lo segundo: que Chávez desestimaba así, a través de su verbo espontáneo e irrefrenable, el hecho de que durante el siglo XX se ensayaran caminos deseables y posibilidades para la acción concreta y efectiva. Tercero, el aserto de Chávez niega la necesaria adaptación que se hizo a las exigencias propias de un tiempo y los retos que, en la práctica, hubo que enfrentar.

Pero, si fuera cosa de ir más lejos, cabría ofrecer un balance que permita contrastar las caprichosas palabras del finado presidente con la vivencia de una transformación profunda: en términos demográficos, lo que significó pasar de un país de 2.400.000 habitantes en 1900 a cerrar el siglo con unos 24.000.000². Este hecho poblacional resulta ser de máxima importancia. Visto como lo hace Luis Ugalde de manera contrastante, el país necesitó 80 años, desde 1820, para añadir 1.000.000 de habitantes en 1900, mientras que en apenas 40 años, transcurridos entre 1920

y 1960, agregó algo más de 5.000.000 a su total poblacional³. Ello por no hablar de que durante el lapso de 20 años (1950-1970) la población se duplicó y apenas 10 años después, en 1980, se triplicó⁴. Lo mismo ocurre en materia de trasvases poblacionales y desplazamientos internos: del 85 % de población rural en 1920-1930, la cifra se encogería hasta alcanzar un 15 % al cierre del siglo. Ugalde no valora este comportamiento como necesariamente negativo; de hecho, si algo vale la pena poner de relieve es lo que afirma con respecto a lo que esta movilidad geográfica implicó también en términos de movilidad mental⁵. En otras palabras: una cosa es que ese proceso no estuviera exento de problemas y desajustes; otra muy diferente es que no dejara de ser positivo en muchos sentidos⁶.

Si a ello sumamos la vertiginosa migración proveniente de Europa en el contexto de la posguerra mundial (mayormente producto de decisiones más o menos espontáneas que resultado de un programa rígidamente concebido en pro de la captación de inmigrantes), tenemos —a juicio de Ugalde— datos tan reveladores como el hecho de que, en menos de 50 años del siglo XX, ingresaran al país más italianos de lo que alguna vez lo hiciera la población de origen africano, o que en general, entraran más extranjeros durante 30 años de ese mismo siglo de lo que fuera su población total en 1900. Todo ello por no hablar de la afluencia de un número mayor de españoles a partir de la década de 1940 de lo que alguna vez hubiera sido el caso previo a esa fecha desde que Venezuela se constituyó primero en Provincia (siglo XVI) y, luego, en Capitanía General (siglo XVIII)⁷.

Por otra parte, en lo que toca a las realizaciones materiales y a sus altos costos en términos de inversión,

debemos hablar de la construcción de una inmensa red vial y un número importante de edificios públicos y privados; en lo social, de las mejoras sanitarias y la expansión de los sistemas de educación; en lo económico, de lo que implicó un período de enorme crecimiento interanual (especialmente a mediados del siglo XX), tanto en lo que al producto territorial bruto como al empleo se refiere, además de lo que significaron la industrialización del país, la reforma agraria y la nacionalización petrolera. Por último, y como parte del octanaje que alimentó la médula del siglo XX en lo político, cabría reparar en lo que devino una distribución distinta del poder en la sociedad, la proliferación de partidos y asociaciones cívicas, la alternabilidad como ejercicio, la profundización de los contenidos democráticos, la celebración de elecciones competidas y sin resultados necesariamente predeterminados, la continuidad administrativa, amén de las veredas pactistas y aliancistas que llegaron a registrarse para beneficio de la gobernabilidad y, también, con el fin de facilitarle el camino a la alternación⁸.

No resultaría ocioso citar otro ejemplo para ver confirmado que las detracciones mayores no provinieron única y exclusivamente del verbo facundo de Chávez ni de sus particulares prejuicios y pasiones. En este sentido, flaco servicio a la percepción de lo que envolvió esa fábrica del siglo XX (ante la cual, desde luego, no pretenden ocultarse sus ronchas) es lo que alguna vez, afincándose en su proverbial tremendismo, observó el dramaturgo José Ignacio Cabrujas:

Ostentamos un récord histórico: hemos despilfarrado, según nuestros economistas, doscientos cincuenta mil millones de dólares, una cifra que la pantalla de mi calculadora Casio se niega a admitir por improbable y hasta por imposible, sin que ese dinero haya conseguido alguna empresa capaz

de transformar nuestras vidas (...), como si el tiempo transcurrido, este largo y sobre todo gordo tiempo [el siglo XX], no rozara nuestras vidas⁹.

Para Chávez (y, por extensión, para Cabrujas) no había nada engañoso en sostener que el siglo XX venezolano transcurrió simplemente como un compendio de amarguras y fracasos. Que no hubo nada esencialmente importante en su construcción o, al menos, que hubo poco que mereciera la pena traer a la memoria. Que, en todo caso, las expectativas se vieron devoradas por un siglo que acabó atrapado entre convulsiones y desengaños. Incluso, de acuerdo con Chávez, y para bien de los venezolanos, el siglo XX jamás debió haber existido; al menos así se desprende de sus constantes y tenaces desmerecimientos. Este tipo de negaciones, amén de injustas, dificultan la comprensión de lo que ha sido nuestra trayectoria colectiva como sociedad.

Más confiable resulta, por ende, la palabra orientadora de Ramón J. Velásquez, a cuyo juicio se verificó un proceso centenario de paz política. En segundo lugar, y por decir lo menos, se registraron casi 100 años exactos de «avance» (si cabe usar un término tan pedestre) en la modificación de las estructuras sociales y económicas de la república debido al predominio de la industria petrolera¹⁰. Tercero, y por si acaso también fuera poco, figura lo que presupuso ser la magnitud de los ingresos fiscales pero, al mismo tiempo, la escala de los planes oficiales que llegaron a concebirse y, más relevante aún, su correspondiente ejecución¹¹. En cuarto lugar, dentro de la lista ofrecida por Velásquez, resalta la creación de escuelas técnicas industriales, de escuelas de formación agrícola, de institutos pedagógicos, de un mayor número de universidades públicas, así como de escuelas y facultades

para la enseñanza de nuevas profesiones, y la fundación de universidades privadas y regionales¹². Al mismo tiempo, en lo que al reforzamiento de identidades de carácter local se refiere, tampoco es de menor relevancia lo que apunta Velásquez con respecto a lo que significó la radiodifusión, la prensa masiva (a partir de la introducción de rotativas modernas) y la propia televisión —luego de 1959— para abolir el privilegio detentado hasta entonces por la capital de la república con respecto al conocimiento de los problemas nacionales y la simultaneidad de la información¹³. En quinto lugar, aunque no menos importante, el cambio ocurrido en la sociedad venezolana puso de manifiesto, a juicio de Velásquez, una tendencia a liquidar el ancestral temor a participar en la vida pública y en las contiendas electorales frente a vacilaciones y miedos tradicionales a la hora de intentar oponerse a errores y abusos de poder¹⁴.

Por otra parte, convendría cederle la palabra a Manuel Caballero aunque, en este caso, en lo tocante a un aspecto específico al cual alude Velásquez: el valor de la paz. Caballero también se inclina por favorecer un enfoque diferente y más reivindicativo al respecto. A su juicio, durante un siglo, o sea, entre 1810 y 1903, los venezolanos estuvieron anhelando lo que se convirtió para ellos en el bien supremo: la paz. A lo que agrega, sin embargo, lo siguiente con el fin de clarificar el punto:

La paz llegó, pero no era la que los venezolanos esperaban, pues vino vestida en los sangrientos ropajes de la tiranía. Sin embargo, pese a ese origen, a nadie se le ocurrió decir que la guerra fuese superior a la paz. Y esa conciencia se ha hecho tan clara que a (...) tantos años de la muerte de un Gómez cuyos partidarios juraban que era la única garantía de la conservación de aquella paz, ella continúa enseñoreada en Venezuela. (...)

[L]a paz que llegó no era exactamente la que se anhelaba o pretendía, pero era la paz y, una vez enterrado el Benemérito, los venezolanos

decidieron conservarla como la única garantía de supervivencia de la nación¹⁵.

Caballero remata diciendo que «algo es algo» a la hora de reparar en que el signo predominante, producto de tal proceso, fuera la condena y no la exaltación del hecho guerrero¹⁶.

A lo dicho por ambos autores habría que añadir que el siglo XX, tan denostado por algunas voces influyentes, supuso también el advenimiento de una sociedad abierta y participativa. Tanto así que, a partir de 1936, la sociedad venezolana estaría autorizada a que se le escuchara, tal como lo afirmó en algún momento Rómulo Betancourt¹⁷. Esa creciente tendencia de ser oída como colectivo la garantizarían, en enorme medida, los modernos medios de opinión pero, también, los gremios, ligas y asociaciones que les servirían de canal a agrupaciones de diverso tipo en tanto actuaran como portavoces de intereses sectoriales. El resultado de todo ello sería que las instancias de participación de la ciudadanía en la resolución de sus problemas fueron creciendo y ampliándose en el curso del siglo, reflejando también los intereses cada vez más complejos y contradictorios de la gente. Aparte, y nada de menor tiene el hecho de apuntar en este mismo sentido que se trató de una sociedad que fue capaz de terminar aprendiendo a dirimir sus conflictos por vías distintas a la violencia.

Al mismo tiempo, ni qué decir tendrá la sindicalización (en procura de garantizar el salario mínimo, el reparto de utilidades y otros beneficios que habrían de irse sumando a los contratos colectivos) como parte también de ese discurso sobre lo alcanzado de manera efectiva durante el siglo XX en dos sentidos: como legítima expresión del

derecho de asociación de los trabajadores y como forma de encuadrar al sector patronal dentro de la idea de lo que debía significar la conciliación permanente entre capital y trabajo.

Pero, volviendo a cómo Velásquez y Caballero se empeñaron en ofrecer una valoración distinta de los hechos, cabría señalar entonces que siempre saldrán perdiendo quienes, como Chávez (y, por desgracia, Cabrujas en este caso), recurran a explicaciones simplificadoras a la hora de pretender abordar el siglo XX. Ahora bien, más allá del ejemplo de quien, como el fallecido expresidente, hiciera de la palabra un instrumento para el desenfreno, el sociólogo Ramón Piñango ha querido darle una explicación al fenómeno de lo que significa una mirada candorosa y bastante generalizada como la que ha llegado a campear en torno al siglo XX, sustentada tal vez en nuestras propias angustias como sociedad. En vista de que las discontinuidades, las fallas, las incoherencias, las falencias y las omisiones forman el material del cual suelen alimentarse más comúnmente los rincones del imaginario, Piñango ha querido puntualizar su parecer en estos términos: «Pareciera que la adversidad nos ha producido una distorsión perceptiva que magnifica lo que ha faltado o lo que no hemos hecho tan bien como queríamos o esperábamos»¹⁸. Dicho de otro modo, o como lo pondría Tomás Straka, hablamos de un país lleno de desencantos, pero también de logros que resulta necesario recalcar¹⁹.

Sin negar entonces que existan razones suficientes para el desengaño, y sin negar tampoco la pervivencia de elementos que aún le darían cierta continuidad al siglo XIX en términos de ideas y representaciones, obramos convencidos de que los ensayos que integran este volumen hacen el suficiente acopio de pruebas, elementos de juicio y

hallazgos documentales capaces de levantar el ancla que separa al siglo XX de lo que todavía, en algún momento, perviviera del XIX. Los trabajos aquí reunidos ofrecen una guía lo suficientemente confiable para comprender el asunto desde esta perspectiva, aportando variadas evidencias de ello.

En esta travesía que ahora se ofrece, cada uno de los autores navega a su manera y al impulso de sus vientos, y lo hace también a partir de su propio caudal de fuentes y bagaje metodológico en procura de identificar problemas, destacar determinados elementos y avanzar hacia una comprensión novedosa del siglo en cuestión. En el fondo, y por obvio que resulte decirlo, todos intentan navegar hacia un mismo puerto, a saber: cómo la fábrica de la república durante el siglo XX fue sustancialmente diferente en muchos sentidos a la del siglo que quedó colgado a sus espaldas.

En tal sentido —y especial mención merece el hecho—, el distanciamiento que se ha querido mantener frente a ciertos enunciados historiográficos de tipo tradicional resalta como el mínimo común denominador de estas reflexiones a partir de las cuales se pretende emprender un camino distinto en función de nuevas posibilidades interpretativas. Ese ha sido el desafío central de la investigación que se ha querido presentar, y tal es exactamente lo que el conjunto de ensayos aquí reunidos busca demostrar a partir de un enfoque crítico y plural.

II

Sobra ser enfáticos al decir entonces que el volumen que el lector tiene en sus manos no cae en la trampa de descalificar el siglo XX en lo político, sino de revalorarlo a partir de ángulos y esquinas que a veces, por evidentes,

pasan inadvertidos. En tal sentido, este libro aspira a convertirse también, más allá de las múltiples posibilidades que ofrece su lectura, en un ejercicio destinado a retar lo obvio.

Se trata de un tomo que aun cuando descansa en distintas aproximaciones y ejes temáticos pretende afincarse, y huelga repetirlo, en lo que significó el siglo XX (esencialmente como hechura política) en procura de comprender la emergencia de una sociedad distinta a lo largo de esa coyuntura que se ve sometida ahora a la escrupulosa mirada de los investigadores que han tenido a su cargo desarrollar cada uno de los capítulos que integran el conjunto. Lo social, lo cultural o lo económico, por igualmente importantes que sean tales aspectos para comprender el país que recién dejamos atrás al concluir el siglo XX, habrán de formar parte de otros volúmenes de esta misma serie que corre generosamente a cargo de la Fundación para la Cultura Urbana.

Por otra parte cabe señalar que el nivel de reflexión, como el que se ofrece de seguidas, descansa sobre el entendido de que la historicidad no se reduce —ni puede reducirse tampoco— a lo meramente cronológico ni mucho menos a episodios conectados entre sí por causalidades aparentemente lineales, sino que es objeto de un tratamiento entendido en términos de proceso, permitiendo por tanto que a partir de lo que dicta una amplia mirada impere más el rastreo de continuidades (sin negar que la continuidad misma revele fisuras) que la presencia de rupturas violentas. Además, el análisis de un largo período —en este caso, del siglo XX— tiene la ventaja de que posibilita detectar ciertos elementos que no son fáciles de percibir cuando intenta abordarse una etapa concreta²⁰.

Al mismo tiempo, tratándose del ambicioso examen de todo un siglo, ello obligó a que optáramos por el desarrollo de focos temáticos y, por tanto, de ejercicios selectivos. Pese a ello, ciertas tendencias fácilmente identificables les permitieron a los autores construir el mapa y las distancias que, en lo político, debió recorrer el país desde el advenimiento del gomecismo (1908) hasta el fin de la segunda Presidencia de Rafael Caldera (1999).

A partir, pues, de los hallazgos, y del énfasis propio que cada uno ha querido conferirle a su respectivo capítulo, están aquí presentes los siguientes temas: la centralización e institucionalización del Estado, así como el crecimiento de sus roles; los partidos políticos modernos y sus programas y, también, la profesionalización de las Fuerzas Armadas y su específica modernidad con relación a lo que, en el pasado inmediato, fuera la concepción del elemento militar. Desfila, asimismo, por estas páginas, el desarrollo de la cultura electoral, no solo por todo cuanto ello implicó en términos de anticuerpo en defensa del sistema, sino por la manera en que ese ejercicio devino una robusta rutina integrada al músculo venezolano luego de varias décadas de gimnasia ciudadana. Además tiene cabida aquí la explícita vivencia de lo que supusieron la alternabilidad y las posibilidades de cambio del elenco gobernante, vistas en este caso a través de los rituales y símbolos propios de la transmisión del mando presidencial, algo que también estimuló a su modo una dinámica perdurable durante el siglo XX. No por último menos importante, figura además el modo en que Venezuela fue incorporándose al discurso de la modernidad, lo cual tuvo visibles referentes materiales y simbólicos a lo largo de esta centuria.

Más allá de la debida cautela que convendría guardar para no invadir el terreno desarrollado por cada autor, y

evitando al mismo tiempo arruinar la sorpresa que pudiera deparar la lectura de los distintos textos, podríamos, no obstante, permitirnos hacer referencia de manera sucinta a sus distintos contenidos.

En el caso de Diego Bautista Urbaneja, quien abre el volumen, su texto está dedicado a examinar la construcción de un sistema electoral basado en el respeto a las decisiones de cada votante (aunque, en ningún caso, sin dejar de advertir sus deficiencias). Esto implica no solo el diseño y sostenimiento en el tiempo de una normativa electoral, sino incluso la existencia de claras reglas de juego, tal como las que fueron concibiéndose a partir de 1945. Todo esto lleva a hacer bueno algo que Urbaneja deja sugerido aquí, y es el hecho de que la cultura electoral está integrada por sedimentos y adquisiciones acumuladas. Por ello, en este caso, no se trata solo de un electorado limitado a la construcción democrática. El ensayo en cuestión también pone de relieve que, tan importante como la democracia misma, es la práctica «democrática» entendida ella como un complejo proceso de aprendizaje, es decir, como una pedagogía conducente a la entronización de valores que lleven a renegar de la violencia y, de manera simultánea, a aceptar fórmulas competitivas para el acceso al poder. Y hay algo que sobresale al comienzo de esta reflexión: que, aunque limitada, ineficiente, altamente excluyente y circunscrita por tanto a electores revestidos de ciertas cualidades (los que comúnmente se conocieran como electores «calificados»), tal como fue la práctica que imperó en el país hasta casi entrada la primera mitad del siglo XX, la cultura electoral del venezolano traía a sus espaldas una trayectoria mucho más compleja e interesante de lo que comúnmente se le tiende a reconocer.

Según lo observa Urbaneja, el siglo XX, en lo que toca al impulso de la cultura electoral del venezolano, puede ser fácilmente dividido en dos grandes períodos: el primero, que se extiende hasta 1958, y el segundo, que lo hace hasta 1999. El primer tramo se ve cubierto en buena medida por el régimen de Juan Vicente Gómez, durante el cual no se registra ninguna experiencia electoral de valía ni digna de ser reseñada. A ello sigue la década de transición a cargo de Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita (1936-1945), en la que se registran ciertas prácticas electorales tímidas y cautelosas. Dentro de esta primera etapa se enmarca la experiencia octubrista (1945) a partir de la cual, y durante un período muy corto (de apenas siete años), se celebran dos certámenes electorales de enorme significación: la elección de la Asamblea Nacional Constituyente (1946) y los comicios de Rómulo Gallegos a la Presidencia de la República (1947). No menos importante pese a sus cuestionables resultados (puesto que hubo movilización e intensidad electoral), es el hecho de que ese primer período concluya con la elección de la Asamblea Nacional Constituyente en 1952.

Sin embargo, el desarrollo definitivo de esa cultura electoral tendrá lugar luego de 1958, es decir, durante la segunda etapa, a partir de cuya fecha y durante cuatro décadas, se registrarán nueve procesos electorales, intensos, competitivos y creíbles (al punto de que el resultado de ninguno de ellos sería puesto en duda o, incluso, hasta el punto de que seis de los aspirantes triunfadores de esas nueve elecciones serían candidatos de partidos de oposición —1968, 1973, 1978 y 1983— o que, en todo caso, no pertenecían al partido de gobierno del momento, como ocurrió en 1993 y 1998). Como resultado de tal experiencia, y de la confianza y solvencia técnica que

adquiere a lo largo de ella el Consejo Supremo Electoral como organismo rector, el venezolano se identifica con el proceso mismo, al que le confiere alta credibilidad, llegándolo a considerar el hecho democrático por excelencia o el acto definitorio de la vida en democracia. Esto se traducirá en una favorable y robusta disposición por parte del ciudadano hacia lo que podría definirse como una cultura electoral en toda regla, al menos a la vista de la literatura que Urbaneja cita a tales efectos.

Sigue en el orden Guillermo Tell Aveledo Coll. La reflexión ofrecida por este autor se adentra en lo que aún, hoy por hoy, pudiera entenderse por «partido político», pero también en lo que significó la noción de «partido» que pudo haber imperado durante el siglo XIX venezolano, antes de dedicarle la parte más gruesa de su ensayo a lo que fueron las andaduras, tropiezos, éxitos y reveses de las organizaciones de masas que emergieron y actuaron en el contexto del siglo XX. A modo de radiografía de todo un siglo, Aveledo pretende identificar los contenidos ideológicamente adversos que caracterizaron la dinámica entre tales partidos pero, de igual modo, los puntos de consenso y coincidencia que hicieron posible que se abocaran, desde sus respectivos cuarteles, a la exigente gramática del discurso modernizador.

El asunto en cuestión vale además por lo que pudiera decirse acerca de cómo en Venezuela, y en sintonía con otras experiencias de «modernización inclusiónaria», ocurrió la conformación de partidos que podían ser definidos, al menos a grandes rasgos o de manera genérica, como «policlasistas». Esto permitirá canalizar importantes adhesiones y habrá que distinguir a las organizaciones que formarían parte de distintos esquemas de gobernabilidad (mayor o menormente tolerantes al pluralismo, según fuera

el caso de la Venezuela de 1945-1948 o la de 1959) del modo como otros partidos buscaron organizarse más bien sobre la base del referente clasista, es decir, tomando al proletariado como portador de la historia²¹. En el caso venezolano del siglo XX, la idea de partido de «clase» será esencialmente una salvedad (por no llamarla una verdadera rareza). La máxima expresión de esa amalgama policlasista, o lo que podría definirse como el punto de mayor convergencia de múltiples actores sociales que verían fortalecidas sus posiciones dentro del Estado, la economía o la política nacional, serán los acuerdos de gobernabilidad alcanzados a partir de 1959.

Pero así como el autor desciende hasta los detalles a la hora de referirse a las distintas organizaciones partidistas de masa surgidas desde las esquinas opositoras a regímenes llenos de aprensiones y sospechas hacia el pluralismo (equiparándolo en algunos casos a «extremismo» y a amenaza de disolución social), también se detiene —lo cual es una singularidad en este tipo de ensayos— a examinar los partidos y agrupaciones organizadas desde el poder, bien fuera en la forma de «partidos de gobierno» (así, con todas sus letras) como en lo que podría definirse con el nombre de «masas regimentadas», lo que fuera el caso durante el quinquenio perezjimenista en el cual las manifestaciones de organización y movilización solo llegaron a verse consentidas en torno a los valores y consideraciones hechos por el propio régimen militar. Por si fuera poco, Aveledo ancla su atención en otro aspecto de esta dinámica que, por lo común, suele pasar inadvertido: los disensos y tensiones que se registraron al interior de los distintos partidos, cuyos desenlaces condujeron a momentos de dramática

ruptura pero, también, a importantes oxigenaciones (cuando tales rupturas no llegaron a ocurrir).

Visto como lo hace el autor al referirse a la prolongada agonía, así como a la final y abrupta extinción de las banderías «históricas» que prevalecieron en el país durante el siglo XIX (principalmente el llamado Partido Liberal), podría concluirse que la experiencia venezolana será muy distinta si se la compara, por ejemplo, con lo ocurrido en Colombia o Uruguay, países en los cuales si bien el Partido Liberal (en el caso colombiano) o el Partido Colorado (en el caso de Uruguay) devendrían «partidos de masas» con el pasar del tiempo, ambos hundían firmemente sus orígenes en el siglo XIX.

Aquí tal vez tendría sentido lo que observó Ramón J. Velásquez al referirse a la forma en que el régimen de Juan Vicente Gómez se hizo cargo de dismantelar todo cuanto quedaba en pie de las viejas organizaciones políticas, incluyendo al Partido Liberal que había servido para darle cobijo a medio mundo durante más de 50 años. Y todo ello para beneficio de quienes habrían de actuar después de Gómez. Esto es así puesto que los principales voceros del proyecto democrático reformista (Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Jóvito Villalba) correrían con mejor suerte en lo que toca a la andadura de su empresa política que sus pares en Colombia, Chile, Argentina o Ecuador quienes, para abrirse camino, debieron matricularse en los partidos tradicionales existentes. Tal como lo da a entender Velásquez, la implacable siega practicada por el gomecismo contra la herencia partidista del siglo XIX le permitió a la dirigencia integrada por Betancourt, Leoni y Villalba explanarse sobre un campo talado para la recepción y puesta en práctica de nuevas ideas en lo político y económico²².

Esto que apunta Velásquez es fácil de advertir también en el tono con que Aveledo habla sobre cómo Venezuela se vería más fácilmente expuesta a la irrupción de nuevas ideologías (y, por lo tanto, de nuevas emociones), dado lo enunciado por tales partidos en sus programas con respecto a la producción planificada o la regulación estatal, incluyendo en este proceso (¿por qué no decirlo?) su compromiso ambiguo con la democracia liberal. En este sentido, al Aveledo dar cuenta de los contenidos ideológicos y orientaciones programáticas de estos partidos venezolanos conforme a lo exigido por el discurso de la «modernidad» política, es fácil advertir lo que de común tendrán con algunas otras agrupaciones partidistas de la región, caracterizadas por un marcado componente obrero y de clase media, como el Partido Radical argentino o su homólogo en Chile. De esa misma estirpe y linaje será Acción Democrática, el cual hará su debut en tiempos cercanos al Partido de Liberación Nacional de Costa Rica o, dentro de lo que será la tradición democristiana, los vínculos de Copei con el Partido Demócrata Cristiano de Chile, de fundación un poco más tardía. Lo que no se registrará en Venezuela (por más que el autor le diera cabida, como se ha dicho, a partidos impulsados desde el poder) será la creación de organizaciones como el Trabalhista Brasileiro o el Justicialista argentino, ambos autodefinidos como «modernos» y de «masas» pero, también, sometidos los dos de algún modo al intransferible carácter carismático de sus líderes fundadores (Getulio Vargas y Juan Domingo Perón). Tampoco en el país se reportará algo cercano al caso del PRI mexicano, de autoritaria y elusiva ideología.

Existen tres observaciones de Aveledo que, por ser especialmente valiosas, convendría retener a los efectos de

esta introducción. La primera: que los partidos modernos en Venezuela se forjaron en condiciones considerablemente adversas entre las décadas de 1930 y 1940, lo cual da cuenta de la importancia de la voluntad democratizadora de sus líderes fundadores. Lo segundo: la facilidad con que se da por hecho que las organizaciones políticas llegaron para quedarse a partir del ensayo de recuperación de las libertades en 1959, descuidando advertir dentro de este análisis el difícil recorrido que supuso la materialización (y supervivencia misma) del sistema democrático. La misma alegre facilidad se advierte cuando se da por sentado que tales partidos llegaron para gobernar a sus anchas sobre la base de un pacto («Puntofijo», octubre de 1958), pasándose por alto que, al darse tal arreglo de gobernabilidad, ninguna de esas agrupaciones estaba aún en el poder ni mucho menos conocía con certeza cuáles serían sus fortalezas electorales tras largos y terribles años de dictadura. Tercero —y esta sí es una total novedad dentro de este ensayo—, la manera en que Aveledo somete a examen, desde una óptica distinta, el caso de lo que vino a conocerse como el programa de reformas promovido por la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (Copre). A juicio del autor, y más allá de los serios cuestionamientos que se le pudieran formular a los partidos, se vislumbraba aquí, en mucho, una versión tecnificada del viejo celo antipartidista. Ello en razón de dos cosas: primero, por la manera en que los errores de gestión desde el Ejecutivo eran automáticamente atribuidos como un todo al partido al cual pertenecía el gobernante; segundo, al hacerse caso omiso del hecho de que, para el momento de formularse las recomendaciones de la Copre, los principales partidos ya habían renunciado a sus palancas de control efectivo dentro de sus respectivas organizaciones, sin que ello —en

palabras de Aveledo— se tradujera realmente en una transformación positiva en su percepción social, ni en la legitimidad del sistema en general.

Va por último un sello importante para comprender las inquietudes de este autor frente al ensayo salvífico en cuyas manos nos hallamos desde 1999: y es que si algo caracterizó la dinámica entre los partidos durante buena parte del siglo XX fue la celebración de consultas electorales basadas en competencias efectivas y sin resultados necesariamente predeterminados, así como lo que significó el reconocimiento pluralista de intereses e ideologías diversas.

La entrega de Carole Leal Curiel está referida, en cambio, a un tema que sobresale en buena medida por su originalidad en tanto que se propone analizar lo que pocos, hasta ahora, han atendido con la suficiente minuciosidad desde el punto de vista investigativo. Nos referimos con ello a los símbolos y ritos de la transmisión del poder presidencial, algo que la autora se permite escudriñar con una mirada que parte de la especificidad de sus dos formaciones académicas, es decir, como antropóloga e historiadora. En lo que a ese aparato ritual se refiere, Leal cita muy a propósito de ello lo que algunos estudiosos han mantenido en relación con el modo en que el poder de un rito político termina basándose, en buena medida, en la fuerza de diversos símbolos que hacen presencia dentro de un contexto social e histórico determinado. Por eso examina de cerca tanto los aspectos *intangibles* (las prácticas constitucionales y costumbres jurídicas) como los aspectos *tangibles* (banda y collar presidencial; el espacio físico donde tienen lugar tales ceremonias, o los elementos que las conectan con el pasado, tales como la copia del Acta de Declaración de Independencia o las llaves que

permiten abrir el arca que la contiene en la sede del Palacio Federal) que informan y llenan de contenido estos *ritos de paso* dentro de la tradición política venezolana del siglo XX.

Pero la estudiosa va incluso más allá a la hora en que su ensayo atiende también al modo en que habrían de irse estableciendo los precedentes necesarios para asegurar el traspaso *voluntario* del poder dentro de un contexto de *alternancia*. Todo esto lleva a hacer mención de la importancia que cobra el hecho de que, durante buena parte del siglo XX, se creara un clima de garantías lo suficientemente capaz de permitirle al presidente entrante que los resultados de la voluntad que lo llevaban al poder a través de las urnas se vieran refrendados por tales ritos; pero, también, para que el presidente saliente abandonara la escena sin temer por sus logros políticos (y sin temer tampoco por su vida, lo cual no es un dato baladí). De este modo, Leal pretende, a fin de cuentas, poner de relieve lo que significó que la transmisión del poder se fuera cimentando cada vez más en las disposiciones estrictamente establecidas para ello tanto en las distintas constituciones como en las leyes conexas referidas a estos ritos protocolares del poder.

A Andrés Stambouli le ha correspondido en este libro tratar el tema del Estado moderno, su establecimiento y consolidación, y su desarrollo institucional en tanto herramienta eficiente en su actuación sobre la sociedad, en el plano social como en el económico. Esta visión incluye tanto la apertura del Estado y del sistema de participación de nuevos actores, como su mayor democratización a lo largo de la década de 1940. El autor señala que, pese a cualquier discontinuidad que pudiera observarse en el proceso histórico venezolano, prevalecería la consolidación

y ampliación del Estado como eje común. En este sentido, sin omitir el áspero interludio que significó el «decenio militar» (1948-1958), aunque sin dejar de resaltar tampoco algunas continuidades que ocurrieron durante ese período en lo que al proceso de construcción del Estado moderno se refiere, el investigador hace particular énfasis en la manera en que, tras la recuperación del ensayo pluralista que ocurrió a partir del 23 de enero de 1958, el desarrollo del Estado volvería a concentrarse en sus tareas de impulsar y promover lo que fuera necesario en lo social, cultural y político de la sociedad civil que surgiría de nuevo al calor de la democracia. Hablamos de un Estado que continuará llevando adelante sus rutinas y ejecutando planes para alcanzar metas sustanciales en tal sentido.

Esta voluntad construida sobre la base de una pluralidad de intereses habría de contrastar, sin embargo, con la disminución de expectativas surgidas, a partir de la década de 1980, frente a un Estado inevitablemente debilitado por su propio crecimiento organizacional, que requería de reformas profundas. A despecho de las incógnitas, y pese a los resquebrajamientos propios de esa coyuntura, Stambouli llega a poner de bulto la calidad de las propuestas formuladas desde el Estado mismo en procura de su autocorrección, o como ensayo de corrección no traumática, algo que de alguna manera lleva a pensar en que los dos intentos insurreccionales (4 de febrero y 27 de noviembre del año 1992) no eran, por más que así se impusiera a nivel de las percepciones que gobernaban el ambiente, una salida inevitable a la crisis.

A partir de este punto, el autor detalla las tareas emprendidas por la Copre, calificándolas —y no sin razón— como la operación más seria y mejor pensada que hubiera llegado a ponerse en práctica luego de los acuerdos de

governabilidad alcanzados en 1958. Partiendo de que se trataba de una respuesta que debía salir de las entrañas del propio sistema, y la Copre haciéndose cargo de elaborar un inventario de escenarios deficitarios en procura de encaminar tales reformas, Stambouli se detiene a observar, al cierre, los retos que ello habría de entrañar. Tales desafíos, en términos de reorientación del sistema, irían desde la necesidad de pasar de la complacencia a la racionalidad programática (en lo económico), como transitar de un esquema de participación restringida de la sociedad a un esquema de participación mucho más amplia (dicho de otro modo: hablamos del planteamiento de relaciones distintas y menos asfixiantes entre el Estado y la sociedad y, al mismo tiempo, de la necesidad de que operara una resocialización de las creencias, de parte de esa sociedad, en torno al Estado).

El proceso en cuestión también supondría tener que asumir, a nivel discursivo, el agotamiento del modelo rentista (lo cual debía dar cabida a los reajustes estructurales), así como la dificultad de pasar de un Estado regulador débil a un Estado regulador capacitado, todo ello teniendo por delante a un adversario poderoso: el patrón cultural de expectativas históricamente conformadas en torno al Estado y la necesidad de desafiar el peso que aún tenían las prácticas de intervencionismo estatal. Stambouli no oculta, en ningún caso, las debilidades (como el predominio de recetas tecnocráticas o las fallas en el acompañamiento social o comunicacional) que pudieron tener tales propuestas, bien que lo referido a la descentralización del poder político hacia las regiones y los municipios cobrara altísimas cotas de aceptación.

Por si fuera poco, el estudioso aborda también la sobrestimación que, por parte del gobierno, tuvieron las